

50 años Innovando

Andrés Benítez P.
Rector UAI

Hay muchas maneras de analizar los 50 años de una institución como la nuestra.

Una de ellas es a través del crecimiento. Y entonces podríamos decir que esa pequeña Escuela de Negocios, que comenzó su vida con 9 alumnos, es hoy una universidad con 4.000 alumnos en pregrado y otros 1.000 en postgrados.

Podríamos hablar también de conquistas territoriales. Y decir que esta aventura que comenzó en los cerros de Recreo ha logrado trascender y hoy se consolida en los cerros de Peñalolén, formando un círculo virtuoso de desarrollo.

Podríamos recorrer también nuestra historia a través del prestigio. Y decir que el puntaje promedio PAA de nuestros alumnos está entre los tres mejores de Chile. O que nuestra institución ha sido rankeada por varios años como la mejor universidad privada del país. O que nuestros postgrados de la ENV acaban de ser calificados entre los tres mejores de América Latina.

Y por qué no recorrer la historia a través de la de innovación, que es en definitiva, la energía que nos mantiene todavía jóvenes y despiertos. Y recordar que, así como hace 50 años corrimos las fronteras de la educación al crear una Escuela de Negocios, también lo hicimos hace tres, en el advenimiento del nuevo siglo, al poner en marcha un pionero sistema de educación que rompe definitivamente con el rígido esquema tradicional chileno.

Como vemos, hay muchas maneras de mirar los 50 años de una institución como esta.

Sin embargo, hay una mirada especial. Y es aquella que se posa sobre las personas, esto es, sobre nuestros alumnos y ex alumnos. Ellos son el corazón de la universidad, y son ellos los que día a día dan cuenta de lo que fuimos, de lo que somos y de lo que seremos.

Y es al mirar a ese grupo de personas donde realmente cobra sentido todo lo que hemos hecho en estos años. Mirar que si bien todos ellos son historias particulares, al mismo tiempo, poseen un sello común. El sello de la UAI.

Un sello que parte por reconocer que lo que buscamos es formar personas que agreguen valor a la sociedad, esto es, personas que formadas en base al pensamiento crítico, sean capaces de correr la frontera entre lo que se conoce y lo que está por conocerse, que arrojen nuevas luces para salir, aunque sea de manera parcial, de la oscuridad invisible de la incertidumbre, pero sin consagrar certezas inamovibles.

Este pensamiento crítico, que es la base del desarrollo, se apoya en el rigor y en la honestidad. El rigor que nos recuerda que la búsqueda del conocimiento sólo se alcanza a través de una actividad intelectual seria, basada en una metodología científica. La honestidad que hace que la búsqueda de la verdad subordine la pasión, los prejuicios y las preferencias personales.

Pero este ejercicio no se puede alcanzar sin personas valientes y creativas. Valientes, porque la innovación siempre debe superar las críticas y la indiferencia del pensamiento común. Porque el coraje es la fuerza que nos obliga a salir de los escenarios cómodos en los que se instalan las sociedades, que es, en definitiva, la causa última que impide el desarrollo personal y social.

Creativas, porque nuestros alumnos parten de la noción de que el conocimiento científico es conjetural y que su avance pasa necesariamente por la apertura intelectual que permite encontrar soluciones insospechadas a los desafíos de cada época.

Y la creatividad, es sin duda hermana de la tolerancia, virtud que nos permite reconocer que en un mundo en permanente cambio, la comprensión de los fenómenos no es el patrimonio de algunos pocos, sino de muchos actores. “Somos diferentes” es el lema que nos ha acompañado durante todos estos años. Pues bien, ser diferente es, en primer lugar una condición que parte por aceptar la diversidad. Que parte por reconocer que la diferencia es una condición virtuosa.

Espíritu crítico, rigor, honestidad intelectual, valentía, creatividad y tolerancia es el sello que buscamos para nuestros alumnos. Un sello que, aplicado a los más diversos ámbitos del quehacer laboral, permiten alcanzar éxitos, no sólo profesionales, sino como seres humanos integrales y miembros activos de una comunidad.

Formar personas con este sello es lo que nos mueve y lo que nos entusiasma para seguir adelante con esta aventura que comenzó hace cincuenta años. Es la fuerza que nos permite proyectar los próximos cincuenta con la mente abierta para ser capaces de ir descubriendo los nuevos caminos del saber.

En este camino, no puedo dejar de reconocer el fundamental aporte que han hecho y que hacen nuestros profesores. Son ellos los encargados de estimular, guiar y acompañar el desarrollo personal y particular de nuestros alumnos. A todos ellos les quiero agradecer su permanente esfuerzo, entusiasmo y vocación por la educación, una tarea de enorme trascendencia para el desarrollo personal y social.

Alguien dijo que la educación no entrega la felicidad, pero la educación permite discernir si se es feliz o no, y adquirir grados de conciencia respecto de sí mismo y el entorno en que se vive. Y esa es una causa por la que, sin duda, vale la pena luchar.

Muchas gracias.